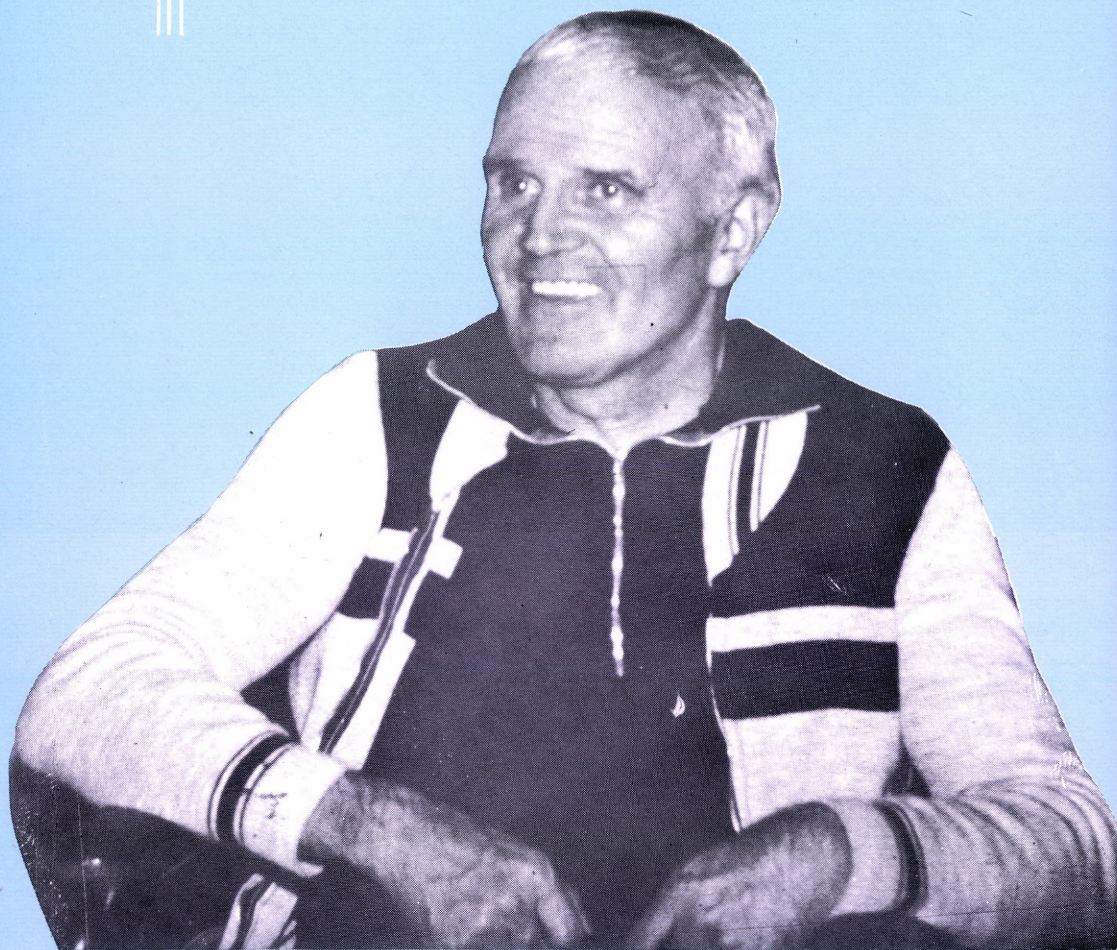


INSPECTORIA SALESIANA
"SAN LUCAS"



Padre ANDRES CASTAÑO CALVO

SALESIANO DE DON BOSCO (1928 - 1983)

FILOSOFADO SALESIANO (VENEZUELA)

“CHEVERE: DARME ES TODO”

I.— LES ANUNCIAMOS LO QUE HEMOS VISTO, OIDO Y TOCADO

¡Chévere: Darme es todo!. Esta es la mejor expresión que condensa la vida y muerte del P. Andrés Castaño. ¿Será cierto que darse todo es chévere? ¿Es acaso posible darse todo? ¿Por qué puede ser chévere? ¿Darse todo no es perderse? ¿Cómo el perderse puede llegar a ser chévere?

Las preguntas no son fútiles, vanas. En ellas se juega el sentido de la vida de cada quien. Y todos, en alguna forma, nos las planteamos. Darme a los otros, ¿para qué? ¿Para ser pasto de fieras rapaces que quieren instrumentalizar? Darme a los otros, ¿por qué? ¿Por gafedad y falta de personalidad? Darme a los otros, ¿a título de qué? ¿Para ser una marioneta en el capricho de sus buenas o malas intenciones?. Las preguntas están ahí, a la mano, por el simple hecho que estamos con vida y porque estamos seguros de nuestra muerte.

Pero tales preguntas son superfluas para quien conoció al P. Andrés. Su vida fue chévere porque fue un darse todo. Y porque fue chévere se dio todo, en totalidad. Quien conoció al P. Andrés no lo duda. “Darme es todo”: era el punto irremovible de su vida, era un darse sin reservas, a radicalidad. Y hacerlo así como él vivió, sobre su silla de ruedas, resultó más chévere porque hasta más imposible.

El P. Andrés se nos ha ido. En silencio, sin protestar, sin rebelarse, sin gritar. . . Se ha sumergido en la paz de Dios. Más de doce años de sufrimientos y enfermedad, en su silla de ruedas, su “mustang” como él acostumbra llamarla. Y por si fuera poco otros seis meses de cama, sin poder moverse. La vida es movimiento, y el P. Andrés desde hace muchos años experimentó la angustia de ir paralizándose poco a poco, la tristeza de tener que estar esclavo en una silla sin poder caminar, correr, jugar al fútbol que tanto le gustaba. . . El dolor llamó a su puerta, y el no se acobardó. Cualquier otro se hubiera rebelado. A los cuarenta años, en la efervescencia de los años jóvenes, con todas las energías de un sacerdocio entregado a los jóvenes la enfermedad llama trágicamente a su vida. El dolor se hace presente y la enfermedad cierra el camino apenas empezada la carrera. Otro se hubiera desesperado, el P. Andrés no. Supo aceptar el sufrimiento, identificarse con él, morir con la muerte. Y esto no por un masoquismo sin sentido, sino por una experiencia profunda de Dios presente en su vida.

Nosotros, los jóvenes salesianos del Filosofado, queremos anunciar lo que hemos visto, oído, tocado; lo que hemos constatado, llorado, querido, eso mismo testimoniamos. Hoy, 11 de abril, después que se han ido desvaneciendo los rumores de tumba, de sepultureros, de funeraria, hemos releído la presencia del P. Andrés entre nosotros. En el silencio meditativo, en la oración reposada hemos celebrado su enfermedad misteriosa y su muerte real. Y así, a golpes de gracia, han ido floreciendo nuestros sentimientos y reflexiones. Y nuestro anuncio es el testimonio de lo que él nos dejó.

— *El hombre de la sonrisa chévere*

El P. Andrés es para nosotros una sonrisa chévere. Cuando por primera vez cada uno de nosotros se encontró con él nos tocó su cordialidad alegre, su acogida amistosa. Lo hemos visto entre los muchachos, siempre presente en los momentos de recreo, constante, permanentemente fiel en ese gozoso estar con ellos.

Es fácil sonreír cuando las cosas salen bien, cuando los éxitos resplandecen, cuando la fortuna es compañera de camino. . . Pero ¿cómo sonreír si una enfermedad dañina y sutil empieza a carcomerte la vida antes de los cuarenta años? ¿Cómo sonreír cuando esa enfermedad te paraliza poco a poco —cual gusano de mal gusto— piernas, manos, mente? ¿Cómo sonreír cuando el telón de la inutilidad se descuelga para cerrar un futuro esperanzador en la plenitud de los años?.

Sí, nosotros vimos que eso es posible; el P. Andrés nos lo ha hecho experimentar en el recorrido más monótono de todos los días. Día por día lo hemos constatado en el poco tiempo en que le conocimos.

— ¿Cómo está P. Andrés?, la pregunta era ya casi maquinal para cada uno de nosotros; cada uno en su tono y a su manera. Y él asomando una sonrisa honda respondía para todos igual:

— ¡Chévere, siempre chévere!

Mil veces hacías la pregunta y otras tantas idéntica respuesta. Fuera quien fuera, a todos por igual respondía: “Chévere, siempre chévere”.

Lo encontrábamos en el pórtico entre los muchachos y por encima de los gritos de ellos, respondía: “Chévere”; contemplando una cala de rojo intenso: ¡Chévere!; rodando por los pasillos de la casa: Chévere; escuchando gruesos pecados o faltas leves: Chévere. No obstante el dolor de su enfermedad y a pesar de sus sufrimientos esparcía y contagiaba una sonrisa chévere.

Así vimos en el P. Andrés el estilo de ser salesiano. “Tristeza y melancolía fuera de la casa mía”. Para los tiempos difíciles, para los momentos

duros, para los ratos amargos, para el sinsentido que puede angustiarnos, para la apatía que pueda adormecernos, él nos ha dejado su mensaje: Una sonrisa chévere.

— Un hombre que transparentaba a Dios

La vida sonriente del P. Andrés venía de lejos, de horizontes infinitos; no era una sonrisa fatua, tonta y superficial. Era, por el contrario, la sonrisa de Dios para nosotros; en él resplandecía la sonrisa de Dios.

Su vida es como las arenas bañadas por las olas del mar. En la crecida las arenas se empapan y el agua se filtra desapercibida; cuando las olas se recogen la arena queda compacta; al calor del sol, la arena se seca y sólo al cavar profundo el agua aflora como viniendo desde dentro. El P. Andrés ha sabido empaparse de Dios en esos flujos y reflujos de los encuentros con el Señor. En él había como algo distinto, uno no sé qué; su rostro era epifanía de la seguridad y confianza de algo más allá. En el vacío de su ser brotaba cristalina la transparencia de Dios.

La vivencia que él tenía de Dios nosotros la hemos experimentado en aquellos momentos fuertes de gracia que eran los encuentros de la confesión; él verdaderamente nos reconciliaba con Dios. El ha llorado con nosotros nuestros pecados, nos ha hecho palpar un Dios perdón, nos ha entusiasmado dulcemente con sus palabras y expresiones de coraje: “Animo, siempre adelante, sé valiente”.

El P. Andrés nos ha transparentado un Padre Dios que perdona, sin cansarse nunca, hasta setenta veces siete, en todo momento. Por confesar dejaba de comer, hasta casi de obedecer; por confesar olvidaba la enfermedad, el cansancio, sus exigencias personales: “Chico, nunca me canso de confesar”. Su silla de ruedas era un confesionario rodante, abierto a todos, sin límites. Todavía resuenan en nuestros oídos palabras dulces y suaves: “Dios te ama”, “Con Cristo lo podemos todo”, “La Virgen es nuestra madre”. En verdad, él ha sido el portador del perdón de Dios en nuestras vidas de pecado; él ha sido gracia de Dios en nuestra comunidad.

La trayectoria del P. Andrés como confesor es larga; pero más que todo él ha reactualizado la dimensión salesiana de un D. Bosco confesor en medio de sus muchachos. En todas partes confesaba: en la iglesia, en los campos, en los corredores, en su habitación, hasta en su fantasía en los momentos de delirio. Como Don Bosco ha adivinado, conocido nuestras vidas de pecado y las ha gratificado con el don de Dios; y así nos ha revelado el rostro juvenil de un Dios que alegra nuestra juventud.

El P. Andrés nos ha hecho palpar a Dios en las celebraciones eucarísticas; con sus repeticiones insistentes nos hacía masticar la entrega in-

condicional de Jesús pan eucarístico. La fidelidad a su sacerdocio la vivía en la fidelidad a la eucaristía. El remedio más saludable para todos sus males era la celebración de la Misa. Si alguna vez hacía resistencia al tomar las medicinas, el recurso era amenazarlo sin la Misa: entonces, todo era posible, las resistencias se derretían. . . ¡Cualquier cosa con tal de celebrar la Misa!.

Y el Dios que nos comunicaba era el mismo Dios que alimentaba su vida. Tantas veces después de la cena decía: "Llévame a la capilla y allí les espero". Y allí esperaba en la presencia amorosa del Dios que alimentaba su vida, centrado en sus coloquios personales. Si su vida era una entrega total era porque la oración la motivaba. Rezaba como abandonándose en las manos de un otro.

— *Un hombre que sabía decir: gracias*

No era simple educación para quedar bien, ni protocolo, ni apariencias. Era mucho más. Era como algo constitutivo suyo que venía de dentro. En todo momento brotaba espontáneo en él ese sentimiento sincero de gratitud. Después que le habíamos preparado la cama y dispuesto lo necesario para el día siguiente, le preguntábamos:

— ¿Algo más?, y él en un giro misterioso, ya casi rutinario, respondía:

— "Solo me queda una cosa que decirte: ¡Gracias!". Frecuentemente añadía: "Que Dios te pague tu grandísima amabilidad".

Ese sentimiento profundo de gratitud, a veces, en el reverso de la medalla era como un sufrimiento, como una pena porque teníamos que preocuparnos por él; no quería molestar. En los días que estuvo en la clínica sufrió tal vez más por los gastos que él se imaginaba que por su mismo malestar físico. Y cuando benigne le reprochábamos que él en nuestro caso haría igualito, se mordía el labio como medio convencido y, después de arrugar su frente subiendo las cejas, decía: ¡Gracias!

Y gracias repetía constantemente en los últimos días por las visitas, por las atenciones, por todo lo que hacía referencia a él. Si eran momentos de inspiración redondeaba la frase: "Te estoy altamente agradecido".

Y así con sus sentimientos sinceros de gratitud reactualizaba la presencia de Don Bosco: la gratitud es la flor de la amabilidad; sólo agradece quien acepta que la vida es un don. Y don fue para nosotros la presencia del P. Andrés.

— *Un hombre fiel hasta la muerte*

Perseveró hasta el final; fue el hombre fiel solícito en la casa del Señor. Su fidelidad perduró hasta el último instante. Disponible en todo,

fue fiel a sus compromisos como salesiano y sacerdote.

El P. Andrés ha despertado nuestra disponibilidad vocacional, ha reafirmado nuestra fidelidad. En este año en que uno de los hermanos hará los votos por primera vez y otros cinco los renuevan, el P. Andrés es para nosotros un estímulo, fuerza, ánimo en nuestra entrega a los jóvenes. Su puesto no puede quedar vacío; su silla de ruedas debe seguir rodando. Su ausencia requiere nuevas presencias; su fidelidad refuerza la nuestra. Hoy hemos experimentado en lo profundo de nuestra opción que la aventura de nuestro ser salesianos es bonita y que vale la pena arriesgarse, vivirla fielmente en el quehacer de todos los días. Así es como comprendemos su preocupación por las vocaciones.

— *Un hombre que ha sabido darse*

En alguna ocasión el P. Andrés llegó a recitarnos algunos versos sencillos que él conservaba de sus años de niño:

“Vuestro don, señor hidalgo,
es como el del algodón,
que para llegar a ser don
necesita tener el algo”.

El P. Andrés es ciertamente mucho más que el algodón. Para ser don, para darse no necesitó el algo, no necesitó nada; era él mismo quien se daba. Su habitación despojada, limpia, sin haberes, casi franciscana, es el signo más patente de su despojo. No necesitaba el algo para darse. El ha comprendido muy bien que dándose se ha ganado para la vida eterna: “darme es todo”. Ha tenido la intuición existencial de que su vida era un don de Dios, y por ser don debía convertirse él mismo en don para los otros.

Y así, nos ha manifestado claramente, con la fuerza del ejemplo, que no necesitaba tener algo para ser don; dándose se ha hecho alguien para nosotros. Se ha dado porque fue capaz de amar. En verdad se cumplió en él la Palabra: ¿Quién me separará del amor de Dios? Ni el hambre, ni la persecución, ni la enfermedad, ni la angustia, ni otra criatura alguna podrá separarme del amor de Dios.

— *Un hombre que ha vivido en la propia carne la Pascua del Señor Jesús*

Ante todo su muerte. Muerte precedida por un largo recorrido desde los comienzos de su enfermedad: desde los primeros anuncios de su Getsemaní hasta la muerte del Gólgota pasaron días casi incontables, atardeceres largos, noches en vela. En la muerte del P. Andrés la muerte nos ha visitado.

Para nosotros, todavía jóvenes —ninguno ha llegado a los 36 años—, la muerte aparecía como lejana. El miedo a la muerte anidaba en nuestros corazones. Al P. Andrés le hemos visto morir sereno, en la paz del Señor Jesús; de lejos y de cerca se venía preparando para el final; esperaba su fin, en los últimos días, como liberador. La muerte para él no era nada espantoso; era simplemente un respiro más lento y fatigoso que los otros, era suspenderse en el vacío para caer en las manos de Dios. ¿Dónde está muerte tu aguijón? ¿Dónde está muerte tu victoria? El amor del P. Andrés venció también la muerte.

Desde tiempo estaba preparado para su muerte. Cuando a mediados de diciembre dejó la clínica, él regresaba a casa para descansar en la paz sin fin. Estaba ya listo. Quienes no estábamos preparados éramos nosotros. Por eso el Señor prolongó su presencia por algunos meses más. En efecto, nosotros instintivamente nos rebelamos, luchamos e hicimos todo lo posible para mantenerlo en vida, quizás porque quienes teníamos miedo a la muerte éramos nosotros. Paulatinamente, en ese llamear de recaída y levantada, fuimos interiorizando su muerte; y junto con la suya también en anticipación nuestra propia muerte. Por eso que con él, hoy también nosotros vencimos la muerte. El P. Andrés nos ha arrebatado el miedo a la muerte. No son sólo los malos quienes mueren. También los santos mueren, pero mueren en el Señor.

Todavía más, en su muerte vivimos la muerte y la esperanza de los primeros salesianos, de aquellos que continuamente jugaban con la muerte en los leprosarios, en las selvas. . . Hoy verificamos la verdad de aquellas palabras de uno de los primeros salesianos a D. Rúa: “La muerte, por tan santa causa, no es muerte ni debe llamarse como una desgracia sino envidiarse como uno de los favores más grandes que Dios puede conceder a los que no buscan sobre la tierra dicha y más consuelo que cumplir siempre y en todas las cosas su voluntad santísima”.

El P. Andrés ha vivido su muerte en la Pascua del Señor Jesús; entregó su espíritu en el segundo domingo de Pascua. Intensamente vivió los días santos de la pasión y muerte de Jesús; en igual intensidad actualizó su Pascua, su paso de este mundo al Padre. Existencialmente en su vida repitió una vez más su estribillo: “Gloria a Dios”.

II.— “UNA VELA SE HA APAGADO. . . OTRAS SE PRENDERAN”

Toda palabra exige respuesta. La vida del P. Andrés ha sido palabra de Dios a los jóvenes, y los jóvenes le han respondido con una amistad, pero sobre todo con una amistad con Dios a la que él los llevaba en la confesión. Los muchachos le han querido y le seguirán queriendo. El día

de su muerte se hicieron presentes muchos de ellos para darle el postrer saludo. Querían despedirse, saludar al amigo, estar con él por última vez. Quedamos sorprendidos cuando vimos un grupo de muchachos del Liceo San José (la Sociedad de la Alegría) presentes el domingo en la tarde sin que ninguno les hubiera avisado previamente. Uno de ellos se enteró por una tía que le dijo, y enseguida comunicó a sus compañeros de grupo. Y todos se hicieron presentes. Escucharon devotamente la Santa Misa. Al terminar uno de los muchachos se acerca a la urna con un joven salesiano. Ambos se quedan en silencio contemplando el cuerpo inerte del amigo que se fue. Al rato el salesiano dice: "Una vela se ha apagado", con un poco de tristeza y la voz rota por un nudo en la garganta. Pero el muchacho responde con entusiasmo: "¡Otras se prenderán!".

"Una vela se ha apagado. . . y otras se prenderán". Esto es lo importante. La muerte del P. Andrés, sus quince años en el Domingo Savio no pueden ser inútiles, no son perdidos. Ha sido una vela que ha alumbrado y prendido muchas lucecitas en los corazones. Su puesto no puede quedar vacío, hay que buscar el sustituto del P. Andrés. Un sacerdote salesiano ha dado quince años preciosos de su vida a los muchachos del Domingo Savio, él ya no está, pero alguno de ellos debe reemplazarlo. . .

El tiempo que siguió durante el velorio y el entierro lo aprovechamos para hacer la campaña del sustituto medio en broma, medio en serio. Queríamos que los muchachos comprendieran esta realidad, y ante el amigo que se fue, abrieran su vida con generosidad al Señor. Así que a los muchachos que estaban les dijimos lo del Sustituto. Estaban unos ocho del tercer año, reunidos, hablando entre ellos en voz baja. Nos acercamos y le hicimos la propuesta. Se quedaron un tanto impresionados. En su espontaneidad característica buscaron rebotar entre ellos la propuesta y se rieron un rato. Pero no quedó solo ahí. Alguno volvió a entrar a la capilla a mirar el cadáver del P. Andrés y hacer una oración. Otro al cabo de unos momentos volvió y dijo: "Tal vez sea yo el sustituto". A la mañana siguiente el grupo estuvo en la Misa del entierro y luego voluntariamente subieron al cementerio y se quedaron hasta el final. Cuando la gente se marchó se acercaron a la tumba llena de flores y mojada por alguna lágrima, y en el silencio del corazón le rezaron al P. Andrés. El amigo ya no está, pero muchos muchachos se preguntan si serán ellos los relevos del P. Andrés.

También los muchachos del Centro Juvenil Domingo Savio se quedaron pensativos ante la búsqueda del sustituto del P. Andrés. El sacerdote que por los ocho años de existencia del Centro Juvenil todos los domingos estuvo compartiendo la Misa y dando el perdón de los pecados en nombre de Dios. A un muchacho de los más cercanos le hicimos la pro-

puesta. Pero se tapaba los oídos y se escapaba. No quería oír nada del sustituto. Al cabo de un rato lo encontramos con un joven salesiano preguntándole por su vocación. Otro muchacho entusiasmado preguntó enseguida: ¿Cuándo hay que venirse?. Pero lo cierto del caso es que los muchachos han hecho una fuerte experiencia de Dios presente, y que visitándonos en el dolor nos deja un mensaje de alegría pascual y una invitación a seguirlo en un compromiso concreto de servicio a la comunidad.

La muerte del P. Andrés ha impresionado no sólo a los amigos, sino también a los que nunca quisieron ser amigos de él. Es decir a los “malandros” de por aquí. Se acercaron dos muchachos. Uno de ellos es el líder de una pandilla de un barrio cercano que nunca deja de molestarnos. Vinieron a preguntarnos por el P. Andrés: ¿De qué había muerto?, ¿por qué?, ¿qué tenía?, ¿cuántos años tenía? y muchas otras preguntas que manifestaban su honda preocupación y que también ellos, aunque no lo reconocieran, querían al P. Andrés y le estaban agradecidos por su presencia. Hubo otro que preguntó: ¿también a los padres hay que rezarles?. La muerte del P. Andrés ha sido la mejor palabra para nuestros jóvenes. Palabra de ánimo, palabra de fidelidad, palabra de Dios.

Hemos perdido un amigo en la tierra y hemos ganado un protector en el cielo. Con el poeta decimos:

“Una lágrima en la tumba se evapora
Una flor se marchita
Una oración la recoge Dios”

Nosotros elevamos nuestra oración a Dios para que lo acoja en su seno. Que su sangre derramada por las colinas verdes de Los Teques sea semilla de muchas vocaciones. “Una vela se ha apagado. . . Otras se prenderán”.

Esto es lo que nosotros vivimos, oímos, tocamos. . . Ciertamente que el P. Andrés es mucho más que esto. La historia de su existencia no se agota en este lapso de tiempo que nos ha tocado la dicha de vivir con él. Nosotros somos los afortunados de la última hora.

III.— DATOS BIOGRAFICOS

Andrés Castaño nació el 9 de junio de 1928 en Astudillo (Palencia-España), de una ejemplar familia cristiana. Ya desde niño vivió en un ambiente salesiano; primero como oratoriano del Colegio de Astudillo, después como aspirante del 1944 al 1946. En este ambiente familiar sano y genuinamente salesiano creció su convicción vocacional. El día 7 de agosto de 1946 ingresa en el noviciado de Mohernando. En ese mismo lugar cursa los estudios de filosofía.

Los tres años de la actividad práctica del tirocinio los transcurrió en las Escuelas Profesionales de Deusto (Bilbao-España). Después de curtirse salesianamente en la entrega a los muchachos, con quienes ejercía un gran ascendiente por sus cualidades, sobre todo deportivas, prosigue sus estudios de preparación al sacerdocio. Los años que van de 1953 al 1956 los pasa en el Estudiantado Teológico de Carabanchel Alto (Madrid). Allí mismo es ordenado sacerdote y en su pueblo natal celebra su primera Misa. Parece ser que el primer síntoma de su enfermedad apareció en el primer año de teología.

En los tres primeros años de sacerdocio derrochó alegría y entusiasmo en el Aspirantado de Cambados (Pontevedra-España). Aquí supo amalgamar magistralmente la vivencia sacerdotal con el cargo administrativo. Por aquel entonces las condiciones de vida eran muy duras económicamente. Dar de comer —y a veces vestir— a más de doscientos muchachos era el milagro de todos los días. Los deudores apretaban por todos los costados. Son varios los salesianos que pueden hoy testimoniar —porque ellos lo vivieron entonces como muchachos— la fe grande y contagiosa del P. Andrés. En los momentos difíciles levantaba temprano a los mejores muchachos y los ponía a rezar en la capilla mientras él marchaba en búsqueda de pan, ropa o dinero para pagar las deudas. Si las cosas no se arreglaban, reunía a los muchachos más allegados y paternalmente les reprochaba: “¿Qué pasa?. Uds. como que no rezan lo bastante”. En otras ocasiones se informaba sobre los muchachos más necesitados y les ayudaba sorpresivamente como podía. En este ambiente de entrega por las vocaciones, floreció su decisión de ser misionero; era el gesto más significativo de su total entrega.

El 20 de octubre llega a Venezuela. En las Escuelas Profesionales de Sarría desempeña su trabajo como catequista. Al año siguiente nuevamente le piden que ilusione a los muchachos en su vocación en el Aspirantado de Santa María (Los Teques), y nuevamente integra su vivencia sacerdotal con el cargo de administrador durante dos años. Los dos años sucesivos se dedica por completo al ministerio sacerdotal, concretamente como confesor. Aquí inicia su gran tarea de confesor que durará muchos años. Trasladado al Domingo Savio en 1968 seguirá siempre en la brecha. Y su tarea permanente será confesar y confesar, y siempre confesar. . . Hasta que el 10 de abril de 1983 el Señor se lo llevó; eran las 11,57 a.m. del segundo domingo de Pascua.

IV.— PADRE ANDRES, HASTA LUEGO

¡Señor Jesús!:

Nos has visitado a tu manera, en esa forma a veces incomprensible pa-

ra nosotros, misteriosa.

Nos has visitado y te llevas a uno de tus amigos; amigo y hermano también de nosotros: al P. Andrés. Y te lo llevas mientras tres jóvenes salesianos rezaban el segundo misterio glorioso: ¡La ascensión!

¡Señor Jesús!:

Llevándote al P. Andrés nos dejas a nosotros su ausencia. Pero en la fe comprendemos que tu presencia es a veces ausencia; y la ausencia en tí, es también presencia.

¡Señor Jesús!:

También tú un día te fuiste y dejaste a tus discípulos con una enorme falta de tí. Pero, les tocaste el corazón y te sintieron vivo, resucitado, presente en el sepulcro vacío. Señor Jesús, haz que también nosotros, los hermanos, los amigos del P. Andrés lo sintamos vivo, resucitado en su habitación vacía.

Sí, P. Andrés, hoy izas tus velas y enfilas el timón rumbo al Padre; te vas, pero te quedas con nosotros. . . Te marchas para quedarte. Tu silla de ruedas ya vacía es signo de tu presencia.

Te vas pero nos dejas las expresiones de tu presencia. Te recordamos algunas, las más significativas.

Te quedas cuando nos decías:

— “Chévere, chévere, muy chévere. . .”, y rodabas tu carromato sintiéndote útil y haciendo feliz a los otros desde la cruz de tu silla.

Te quedas cuando nos decías machaconamente:

— “Hay que ser santos, santos, pero santos de verdad. . . es lo único que importa. O santos o nada”.

Te quedas cuando logramos comprender, gracias a tu vida, que se puede ser confesor siendo mártir por años. Porque nunca te cansaste de confesar. ¿Recuerdas? El jueves pasado pedías a tu superior que te llevara a La Macarena para confesar. . . y como él, al verte postrado te pidió que lo dejaras para otro día, recurriste a dos niñas de cinco y ocho años para que ellas te ayudaran a levantarte. ¡Una de tus santas ocurrencias!.

Como confesor, P. Andrés, ¡tantas veces nos perdonaste!. . . por eso que con tu perdón y tu gracia quedas entre nosotros.

Te quedas cuando en tus 25 años de sacerdocio nos decías que no habías faltado a una sola Misa. Celebrabas Misa hasta en los momentos en que no podías escuchar ni hablar —así lo creíamos nosotros— y celebrabas con gestos y señas, sin voz, el último sacrificio de tu redención.

Te quedas con nosotros cuando continuamente nos recuerdas:

— “Darme es todo”.

Por todas estas expresiones de tu vida, P. Andrés, te quedas con nosotros. Esas son las expresiones más visibles. Hay otras muchas en otro

tono, muy personales, que cada hermano de la comunidad tiene presentes, que cada uno de tus amigos tiene para sí. Te vamos a recordar tres de las que más hondo han entrado en nosotros:

¿Recuerdas aquella tarde, en uno de los momentos más lúcidos que has tenido, cuando te preguntamos: P. Andrés, ¿qué piensa de su enfermedad? Y sin dudar un instante nos respondiste:

— “Me parece un cuento. . .” Y así quedaste cortado, sin palabras, mirando lejos. . . ¡Un cuento!, como si hubiera sucedido una vez, en no sé qué lugar lejano. . .

Tus palabras nos trajeron a la mente el inicio de ese cuento: “Erase una vez. . . un joven, un sacerdote alegre, ágil y sano que un día se enfermó y nadie sabía lo que tenía. . .” Pero lo impresionante es que para nosotros, tu cuento es real, tan real y ejemplificante como lo fue tu vida y lo es tu muerte.

Otra impresión hiriente dejaste sellada en nosotros: Fue aquella tarde cuando por tu extrema debilidad te quisimos ayudar a bajar de la cama y ante tu imposibilidad de hacerlo suspiraste:

— “Y son sólo 53 años!!”. Se nos erizó la piel y poniéndonos en tu lugar te comprendimos.

La tercera es cuando en lo rutinario de todos los días encaminándonos a clase, pasábamos por tu habitación y te pedíamos que rezaras por las vocaciones, nos atajabas y sin más decías:

— ¡Siempre!

— ¿Hasta que lleguemos a los 20 novicios?

— ¡A los 20 novicios!

Y después te interesabas por algún hermano de la comunidad.

Con vidas y muertes como la tuya ciertamente habrá fecundidad vocacional; no has pasado en vano entre nosotros. No por nada en tu último instante te acompañamos tres jóvenes salesianos. Tu muerte, P. Andrés, es un llamado para que otros jóvenes sigan tu camino. Sí, llegan tiempos fecundos, de gracia; tú los anuncias.

P. Andrés, a una comunidad joven como la nuestra nos has enseñado a vivir en plenitud. Sí, porque tú has mirado tu vida desde las cumbres de tu ser salesiano y sacerdote; pero sobre todo porque las has mirado desde la cumbre más alta: la de tu muerte. ¡Gracias por esta enseñanza!

¿Para qué recordarte más cosas si todas las tienes presentes?

No queremos terminar el saludo de despedida —una despedida como la de Jesús a sus discípulos porque te vas y sigues con nosotros— sin decirte lo mejor: ¡Te felicitamos, hoy llegó tu Pascua!. Cristo no ha muerto en vano. Aleluya.

Tantas veces en las homilías compartidas, nos decías: “¡Qué gran co-

sa ver a Dios cara a cara! ¡Le veremos tal cual es!” Y cerrabas los ojos y apretabas el puño derecho. . . el izquierdo no, porque no podías. . . Ahora, a Dios, lo tienes ahí, como te lo imaginabas y hasta mucho más chévere!!!.

P. Andrés, nuestro deseo es que puedas caminar ágil, correr a velocidades de vértigo por las praderas infinitas de la felicidad de Dios. Nosotros, tus hermanos de la comunidad, seguiremos cultivando calas de intensos colores como a tí te gustaban, y calas pondremos con una oración en tu tumba.

“Amar a otro es decirle: tú nunca morirás”. P. Andrés, nosotros te decimos: tú eres inmortal porque nos has querido.

Que María Auxiliadora te acompañe, ahora y sin fin, en tu nueva vida pascual.

Como Jesús, tú nos has precedido: Prepáranos el puesto. Hasta luego.

Tus hermanos de la Comunidad del Filosofado Salesiano

Los Teques, 24 de abril de 1983

DATOS PARA EL NECROLOGIO

Sac. Andrés Castaño Calvo: Nació el 9 de junio de 1928 en Astudillo (Palencia—españa). Murió el 10 de abril de 1983 en Los Teques (Edo. Miranda-Venezuela), a los 54 años de edad, 35 de profesión religiosa, 26 de sacerdocio.

